

## MIGUELITO Y EL OSO CARLON

La mañana del primer domingo de Carnaval, Miguelito se levantó más temprano que de costumbre. Se veía que estaba preocupado, y en cuanto terminó el desayuno salió corriendo a la calle para dirigirse a casa de su vecino Anastasio, algo mayor que él y a quien le había correspondido el honor de dirigir ese año la murga carnavalesca del barrio. Desde hacía varios días Miguelito se esforzaba por aprenderse de memoria todas las canciones de la murga y, en cuanto podía, escapaba de su casa para participar en los ensayos. Pero durante la última semana, cuando se estaban haciendo los últimos preparativos y cada uno procuraba acostumbrarse a su traje de arpillera, Miguelito había notado que sus compañeros lo dejaban a un lado y no lo tenían en cuenta para la preparación del desfile.

-¿Será tan malo Anastasio que no me deje ir con ellos? -se preguntaba Miguelito. Pero no lo podía creer.

Esa mañana sabría la verdad. Al llegar a la casa de su amigo le preguntó a boca de jarro:

-Anastasio ¿voy a ir en la murga?

Anastasio lo miró con lástima.

-Pero si eres un chiquilín ~~que~~ que no se ve en el suelo, le dijo.-  
¿Cómo te vamos a llevar si, a lo mejor, te pierdes y te pones a llorar. No pueden ir más que los grandes...

A Miguelito se le cayó el alma a los pies. ¡Era verdad! No lo querían llevar porque era chico. ¡Como si fuese culpa suya ser chico! ¿Acaso antes no había sido chico también Anastasio? Pero cuando quiso protestar vio que el desfile estaba totalmente preparado y que había otro chico con la pande-reta, que era el instrumento que al principio pareció que iba a corresponderle a él. Y como se dio cuenta que iba a empezar a llorar, prefirió salir escapado hacia su casa.

Cuando llegó, se metió en un rincón llorando a lágrima viva. Los demás iban a divertirse paseando por el corso, cantando y burlándose de la gente, y él tendría que quedarse en la acera de su casa, solo, sin ningún otro chico para jugar. ¡Este carnaval, que por primera vez pensaba divertirse, sin ponerse el traje de diablo que su mamá le había comprado el año anterior!

Al cabo de un rato, don Nicolás empezó a oír los sollozos de su hijo. Dejó el periódico que estaba leyendo y se acercó a ver qué ocurría.

-Pero Miguelito... ¿qué te ha pasado, porqué lloras de esa manera?

Miguelito escondía la cara entre sus manos y seguía llorando sin contestar a su padre, seguro de que una persona mayor no podría entender su inmensa desgracia. Pero don Nicolás lo tomó en brazos, lo sentó sobre sus rodillas y empezó a preguntarle con tal insistencia que no tuvo más remedio que decir lo que le ocurría.

-Es que yo iba a ir en la murga de Anastasio -decía entre sollozos- porque hace mucho que él me dijo que yo iba a ir, y yo iba a ir porque nos íbamos a divertir mucho y ya sabía todos los cantos porque me los había aprendido de memoria. Y ahora, como vinieron otros chicos mayores que yo, no quiere que vaya y ha puesto otro chico para que toque la pandereta que tenía que tocar yo...

Una incontenible explosión de llanto puso fin a la explicación del pobre Miguelito, que no podía hallar consuelo para su desgracia.

Don Nicolás empezó a consolar a su hijo.

-Mira, Miguelito -le dijo-, no llores más. Esos chicos son unos malos y tu no tienes que reunirte más con ellos. Claro, son mayores que tu y les gustan otros juegos que no están bien para tu edad. Pero tu no te aflijas. ¿Qué te parece si después del almuerzo nos vamos a pasear por ahí, a mirar las máscaras? ¿O nos vamos al Jardín Zoológico a mirar tanto animal bonito como hay por allí y que tu no has visto nunca?

Miguelito hacía mucho tiempo que no iba a al Zoológico y casi no se acordaba de ningún animal raro, de modo que se despertó su curiosidad. Poco a poco empezó a calmarse, y su padre aprovechó la ocasión para insistir.

-Vamos, Miguelito, no te preocupes más. Nos divertiremos mucho en el Zoológico. ¿A que no te acuerdas de los osos, ni de los ciervos, ni de la foca? Bueno, pues cosa resuelta; basta de lágrimas, y en cuanto terminemos de almorzar nos vamos de paseo y compraremos chokolatines para nosotros y galletitas para los animales.

Miguelito empezó a entusiasmarse. Dejó de llorar y comenzó a entretenerse con su triciclo, interrumpiéndose de vez en cuando para acercarse a su



-!Cómo no se me ocurrió antes! Los voy a dejar más chiquitos que cinco de queso. Ahora mismo busco mi pandereta y me voy a decirle al oso del Zoológico que se venga a pasear conmigo por el corso, y que baile en las esquinas al compás de la pandereta... Nadie se va a divertir tanto como yo/este durante carnaval, con mi oso de verdad...

Miguelito empezó a hurgar entre sus juguetes hasta que encontró la pandereta.

-Así le voy a hacer: Tan, tan, tan-tan-tan, tan, tan... Y Carlón va a bailar tan bien que se van a quedar todos bizcos. Y después yo paso el platito y voy a sacar para comprarme dos millones de chocalines.

Con la pandereta bajo el brazo Miguelito se lanzó a la calle. En un vuelo llegó a la puerta del Jardín Zoológico. No tenía monedas, pero le mostró la pandereta al guardián y lo dejó pasar, seguramente porque se dio cuenta de que no iba a pasear por el jardín sino simplemente a buscar a su amigo Carlón. El guardián debía saber que el oso era su amigo.

De otro ~~vuelo~~ vuelo, Miguelito se encontró junto a la reja de su jaula: todo estaba igual que cuando la había visto en compañía de su papá.

-Oye, Carlón -le dijo-, ven, que te tengo que decir una cosa...

El oso se dio vuelta y le respondió:

-!Cómo! ?Otra vez por aquí, Miguelito? Que te ocurre?

-Pues mira -dijo Miguelito-, hoy no te lo quise decir porque estaba delante de papá. Resulta que Anastasio no me deja ir en la murga porque dice que soy muy chico, y yo no me quiero quedar todo el carnaval aburrido en la puerta de mi casa, vestido de diablo como el año pasado. Y además quiero hacerles pagar la que me hicieron a mi. Por eso te vengo a ver.

-Bueno, dijo Carlón, pero ?qué tengo yo que ver con eso?

-Es que quiero que salgas conmigo de paseo -repuso Miguelito. Verás; no es muy difícil para tí, y te divertirás también saliendo de esta jaula un rato. Yo te pongo una cadena, esa de la jaula o alguna otra que encontremos por ahí. Después nos vamos al corso y nos quedamos un ratito en cada esquina: yo toco la pandereta y tú bailas. Y después, cuando nos encontremos con la murga de Anastasio, nos llevamos toda la gente detrás de nosotros y yo me quedo con las moneditas. No me vas a negar ese favor...

Carlón se quedó un momento pensativo. Seguramente no tenía muchas ganas de complacer a su amigo porque era un ya un señor oso y no estaba para hacer payasadas. Pero la xixaxitx mirada de Miguelito era tan triste que se compadeció de él y se decidió a hacer su gusto.

-Bueno, pues si no hay más remedio -le dijo sonriendo- iremos y bailaré un poco. Espero que me acordaré, porque no he vuelto a bailar desde que era chico. Espera que voy a vestirme.

Miguelito no cabía en sí de alegría. Ahora sí que se iba a divertir y se iba a dar el gran gusto de su vida. Con un oso de verdad por el corso no había andado nunca un chico tan chico como él. Ni siquiera Anastasio cuando era chico. En esto salió Carlón de su casa, con una cadena en la cintura.

-Ya estoy listo, Miguelito -le dijo-, vamos andando...

Miguelito tomó la cadena fuertemente con sus dos manos y ambos amigos empezaron a caminar. Al pasar por la puerta, Carlón le dijo al guardián:

-No te preocupes, volveré temprano. Para esta noche que se preparen tallarines al jugo y ensalada de remolachas con pan tostado.

El guardián saludó ceremoniosamente a Carlón y luego se volvió a <sup>Miguelito</sup> Carlón.

-Ten cuidado con que nadie moleste a Carlón. Cuando se enoja se pone muy nervioso. Pero tu eres un muchacho grande y sabrás portarte como es debido.

-No tenga cuidado, guardián -contestó Miguelito. Yo soy un muchacho grande. Ya verá que no pasa nada.

Salieron caminando y llegaron al corso. En cuanto los veían, todos se detenían para contemplarlos.

-¡Qué oso tan bonito! -decían. ¡Mira, mira al muchacho que lo cuida...!

Una señora que iba con dos niños le preguntó:

-Miguelito, ¿sabe bailar ese oso?

-Naturalmente, dijo Miguelito. ¿Quiere ver? Lo hace muy bien. Vamos, Carlón, baila un poco para entretener a estos niños... Y Miguelito, sin soltar la cadena, comenzó a tocar su pandereta: Tan, tan, tan-tan-tan, tan, tan...

*Carlón* bailaba despacito, sonriendo y llenando de admiración a todos los *que lo contemplaban.*

*A medida* que se metían más entre la gente, más entusiasmo mostraban todos *en ver* el oso. Miguelito estaba contento, pero todavía no estaba contento

del todo . Miraba y miraba a las máscaras. De pronto...

Al dar vuelta a una esquina, Miguelito se topó con lo que esperaba: la murga de Anastasio, que se había detenido y empezaba a formar en círculo para comenzar sus canciones. A su alrededor veinte o treinta personas estaban ya reunidas ~~xxxxxxxx~~ y Anastasio se preparaba para lucirse y recoger las moneditas.

-Buenos, vamos! -dijo por fin. Y el tambor y los platillos empezaron: Chin; chin, pum; chin, pum. Enseguida los de la murga, obedeciendo a la batuta de Anastasio, empezaron a cantar:

En la casa de don Ramón  
hay dos chicos que son mellizos.  
Uno es alto y narigón  
y el otro es bajo y petizo.

La gente empezó a ~~xxxxxx~~ aplaudir, y entonces Miguelito vió que había llegado el momento que tanto ansiaba. Empezó a gritar:

-Atención, señores! Aquí está el famoso Carlón, el oso que baila y es el único oso de verdad que hay en el corso. No pierdan el tiempo en zonzeras como las de esa murga. Vengan a ver bailar a un oso de verdad, al oso Carlón.

La gente se dió vuelta con curiosidad, y Miguelito ordenó a Carlón que empezara a bailar mientras él tocaba la pandereta. Carlón bailó mejor que nunca, moviendo las patas con elegancia y soltura; Miguelito apresuró el ritmo y Carlón empezó a dar unas vueltas llenas de gracia. La gente comenzó a entusiasmarse.

-¡Nunca se ha visto un oso así! ¡Qué bien lleva el compás que le marca su dueño con la pandereta! Se ve que este chico le ha enseñado a bailar con primor...

Pocos minutos después, no quedaba una sola persona alrededor de la murga, y Anastasio, aunque no dejaba de mover la batuta, miraba de soslayo a su competidor. Hervía de rabia.

-Te voy a dar una... -parecía decir entre dientes. Te voy a dar una...

Quando Carlón terminó de bailar, Miguelito pasó el platillo entre la concurrencia e hizo una buena recolección de moneditas.

bía sacado el entripado, emprendió la vuelta al zoológico, feliz y contento. Hasta que escuchó un rumor a su espalda y comprobó, al darse vuelta, que Anastasio lo seguía diciendo siempre lo mismo:

-Te voy a dar una... Te voy a dar una...

Miguelito le dijo a Carlón que apresuraran el paso, pero Anastasio lo apresuró también. Echaron a correr, y Anastasio también acortando cada vez más la distancia. De pronto Carlón se detuvo bruscamente y se enfrentó con Anastasio.

-Una te voy a dar yo a ti... Y pareció que se iba a abalanzar sobre Anastasio. Pero Miguelito se acordó de la recomendación del guardián y se puso a gritar:

-¡Quieto, Carlón! ¡No lo toques, que es mi amigo, y yo sé que con esta lección no volveré a decir que soy demasiado chico! Pero Carlón no quería contenerse. Entonces Miguelito empezó a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Quieto, Carlón, quiéto..! No toques a...

---

Entonces abrió los ojos y se extrañó mucho de que a su lado no estuviera nada más que su mamá, que decía:

-Este chico se ha quedado dormido con los zapatos puestos... Pero no grites más, y quérmate de una vez tranquilo que ya es muy tarde.

Miguelito entrecerrando los ojos con gran esfuerzo, le contestó:

-Bueno, pero dile a Carlón que no le pegue a Anastasio y se vuelva solo al zoológico, que el guardián lo está esperando para cenar.

Y dándose vuelta, volvió a dormirse profundamente.